

CARPANTA

Ser criado de historieta no es gran cosa. Como hemos podido comprobar, aún es menos ser oficinista. Pues bien, queda un último puesto en el ya de por sí degradado escalafón social de los personajes de historieta. Los que no tienen nada. Ni trabajo donde les vapuleen por cuatro pesetas, ni familia que les impida realizar sus sueños de tranquilidad hogareña... Por no tener, no tienen ni deudas. Su economía está por debajo de esos mínimos que obligan al préstamo o a la petición insistente de aumento de sueldo. Dependen de las sobras, de las migajas de una sociedad sin excedentes, es decir, de casi nada. Consiguen ir tirando, más que por sus propios recursos, porque han desarrollado una misteriosa resistencia a los efectos del hambre. Son vagabundos y viven de milagro... Y ese milagro es el que, episodio tras episodio, se nos cuenta en sus series.

Ya mencionamos un poco más arriba algunos ejemplares de esta especie resistente a la extinción como Nabucodonosor y Pío, pero quien da peso a este tipo de personajes, quien les otorga la categoría necesaria para constituir un grupo con características específicas es, sin lugar a dudas, Carpanta [Figura 8]. Producto también del ingenio de Escobar, ve la luz en 1947 en la revista *Pulgarcito*. A primera vista nadie diría que soporta tantas miserias. Y es que se esfuerza en ofrecer un aspecto pulcro e, incluso, distinguido. Lleva levita, sombrero y exhibe un aparatoso cuello duro adornado con una pajarita. Pero esos toques de distinción hacen aguas por múltiples agujeros. Debajo de la levita se adivina una vulgar camiseta a rayas, el sombrero es un canotier de ala quebrada y el gigantesco cuello duro no parece destinado a reforzar su elegancia sino a ocultar el mentón y parte de la boca, dos zonas de su anatomía que nunca conoceremos. Una barba de varios días, que, debido también al cuello duro, solo la vemos aflorar por las mejillas y el bigote, denuncia el abandono o, más bien, la falta de recursos para atender su aseo personal. Además y por si fuera poco, en algún episodio¹, tras inusual lavado de su levita, descubrimos que la prenda está

¹ *Pulgarcito* n.º 1.726.

hecha de remiendos de todos los colores y que su tonalidad negra se debe a una capa de mugre que la uniformiza y le da apresto.

Uno de los detalles más característicos de la fisionomía de Carpanta es su boca. Alcanza tales dimensiones que le cruza la cara de oreja a oreja. En realidad —exagerando tan apenas— podríamos decir que Carpanta se define gráficamente por ese gran agujero que se abre debajo de su nariz. Las proporciones de semejante cavidad se ven reforzadas por el hecho de que casi nunca aparece con la boca cerrada. Vocifera, se asombra, engulle o intenta engullir; en cualquier caso, la mantiene abierta de par en par. El cuello duro, al ocultar la parte inferior de su rostro, refuerza este efecto y hace imaginar un tamaño mayor del que realmente tiene. En medio de estas fauces, pendiendo como náufrago de la mandíbula superior, se distingue un único diente. La desproporción entre tan gigantesco orificio y tan escasa dentición adelanta ya lo que será el sino del personaje: mucha capacidad para tragar, pero muy poca para masticar, mucha hambre y muy poco que comer. Claro que también podría explicarse como la coartada que le permite, aunque solo sea en sueños, la aplicación literal de la expresión «*hincar el diente*». En cualquier caso, la desproporción bucal es un signo inconfundible de una insaciabilidad obsesiva que comentaremos posteriormente...

Su nombre completo es Paco Carpanta y Gazuza. Es decir y siguiendo las pautas de otros patronímicos redundantes, su primer apellido significa hambre violenta y su segundo apetito descomunal. Al igual que otros personajes de historieta, es muy consciente de su identidad. Está al corriente de la fama que le otorga el hecho de aparecer periódicamente en una revista de gran tirada así como del triste destino que rige su existencia. Él es el que nunca come y eso le convierte en alguien único y conocido por todo el mundo. «Soy el que, cuando está a punto de comer, ocurre algo inesperado para evitar que llene el estómago... ¡Parece mentira que no me conozca!», dice cuando es sorprendido como polizone en un barco N. Ante la incredulidad del agente de policía y, como prueba irrefutable de identidad pide un bocadillo y, efectivamente, cuando intenta dar un bocado, el buque choca contra un iceberg y se hunde. Medio ahogado, pero con el bocadillo todavía en su poder, logra, por fin comer algo. Ante el estupor del policía que le pregunta: «¡Caramba! ¿Y cómo es que ahora sí puede comer?», la respuesta de Carpanta resulta muy reveladora del

conocimiento de su triste condición: «Es que ahora estamos en la última viñeta y Escobar ya no tiene espacio para poner en práctica alguno de sus trucos para fastidiarme. Ahora el que se fastidia es él...».

Como cualquier vagabundo que se precie, Carpanta vive debajo de un puente, concretamente y tal y como él mismo declara, en el tercer puente del río Piruli empezando por arriba². Suele tenerlo muy apañadito, con sus cortinas, sus cuadros y hasta su lámpara colgando del arco, pero un domicilio tan precario está expuesto a todo tipo de catástrofes. Las riadas, las tormentas y hasta los ladrones sin escrúpulos le ponen la casa patas arriba en cualquier momento. Y eso que él intenta dotarla de las mayores comodidades. En este terreno su amigo Protasio constituye un auténtico modelo. Vive en un tonel —al menos así era en el principio de la serie—, pero, ingenioso e informado de los últimos adelantos, hace reformas que luego Carpanta intenta imitar con escasa fortuna. Aprovecha unas tuberías cercanas para instalarse una ducha, una raya eléctrica para iluminar el interior... Pero los problemas fundamentales de Protasio y, sobre todo, los de Carpanta no son de habitáculo sino de nutrición.

El aparato digestivo de Carpanta constituye uno de los mayores enigmas de la historieta española: ¿cómo consigue sobrevivir con tan poca comida? ¿qué extraña mecánica deglutiva le permite ingerir los productos más coriáceos? Su menú oscila entre nada y bien poca cosa. La aceituna y la avellana suelen conformar su dieta habitual. En algunas ocasiones asegura que con una aceituna y una avellana pasa el día, aunque quienes le conocen afirman que exagera y que en toda su vida solo ha comido dos avellanas y tres aceitunas. Pero él sabe que con tan escasas provisiones lo suyo no es comer sino engañar el hambre. Así lo vemos en *Pulgarcito* n.º 1.129 donde se monta un auténtico banquete partiendo una avellana en tres trozos: «el primero serán los entremeses, el segundo los canalones y el tercero el pollo». A veces el menú varía y se permite exquisiteces como cáscaras de huevo con mayonesa, una ración de hilos de judía o peladuras de pera. Todo el mundo entenderá que, con tamaño régimen alimenticio, Carpanta no se ande con remilgos y declare con orgullo que es capaz de comer de todo, madera, cristal, hierro, baquelita, incluso las chispas de la piedra de un afilador, un aperitivo que ingiere para tener algo caliente en el estómago.

² *Álbum infantil Pulgarcito*, sin numeración y fechado en agosto de 1951.

Esta depauperada situación nutre —nunca peor dicho— la mayor parte de los argumentos de la serie. De hecho, Carpanta no tiene voluntad, tan solo apetito. En cada episodio busca desesperadamente algo que meterse al colet y, al final, no lo consigue. El jamón que ha adquirido con muchos esfuerzos es solo una imitación de madera, la paloma que ha capturado en el parque le enternece y es incapaz de guisarla, la tierna avecilla que ha atrapado disfrazándose de espantapájaros es la cría de un águila que se presenta feroz al rescate, el filete de ternera que hereda de un tío lejano se le estropea mientras lo está cocinando... Él, con tal de comer, es capaz de cualquier cosa, pero ni los mayores sacrificios le hacen merecedor de la deseada recompensa. Llega a tirarse ante las ruedas de un camión con la esperanza de ingresar en un hospital famoso por las buenas comidas que dan a los enfermos. Pues bien, su mala suerte hace que en el accidente sufra lesiones craneales y deba permanecer con la cabeza vendada, la boca tapada y sin comer durante seis meses³. Tan desesperado llega a estar que, cuando tiene ocasión de ver la tele, pone los programas culinarios y entonces, sin poderlo evitar, un reguero de lágrimas arrasa sus mejillas⁴.

Todas estas carencias proteínicas determinan su vida consciente y también la inconsciente. En un episodio muy revelador de su obsesión gastronómica asistimos a uno de sus sueños. Carpanta, con una simple caña de pescar y una barquita de remos, captura una enorme ballena. Ni corto ni perezoso abre un boquete en un costado del animal valiéndose de una sierra. Penetra en el interior, se pone cómodo y lo amuebla con una mesa y un par de sillas. Para inaugurar su nueva mansión, que es a la vez reserva inagotable de carne, invita a su amigo Protasio. «¿De dónde quieres el bistec, de esta pared o de la del pasillo? Puedes escoger. Mi casa es comestible...» «Corta de ahí mismo —responde Protasio—, ese tabique parece muy sabroso.» Sueño intrauterino pero a lo bestia, el episodio revela hasta dónde le afectan los padecimientos famélicos. Encuentra un refugio que le aísla del mundo y obtiene provisiones para asegurarse definitivamente la subsistencia. Es como vivir en la despensa o, mejor dicho, en el corazón mismo de la sustancia nutricia. Prescinde de los inconvenientes de una realidad adversa y se asegura el atracón. Aunque sea en sueños, satisface esas ansias de exceso manducante,

³ *Pulgarcito n.* 1.689.

⁴ *Pulgarcito n.* 1.747.

de barbaridad ingestiva que solo un vacío irrellenable como el suyo puede provocar.

Pero Carpanta no es solo tripas. También tiene corazón. Aunque, a veces, las dos vísceras no sean del todo compatibles. En alguna ocasión se deja atrapar por los encantos de una bella mujer y sueña con ser correspondido. Llevado por sus afanes de conquistador, acude a un cóctel que los Pío dan en su casa. Es la ocasión ideal para saciar todos sus apetitos. Pero la dama le da calabazas —solo en sentido figurado— y él —fenómeno insólito donde los haya— pierde las ganas de comer delante de bandejas de succulentas viandas⁵. No suele ser lo habitual. Normalmente procura conjugar los afectos y el hambre, conviniéndose así en uno de los más divertidos ejemplos de amor caníbal. «Necesito un alma pareja a la mía que me aliente con sus caricias y me zurza los calcetines cuando los tenga...», comenta al comienzo de una de sus aventuras. Prosigue con sus ensoñaciones matrimoniales y, solo con pensar en «la media naranja» o en su futura «costilla», ya se relame. Decide que la novia perfecta para él tiene que llamarse Encarnita pues «es un nombre derivado de carne». Cuando, por fin, le presentan a Pandora, se siente un poco decepcionado, pero no tarda en recobrar el entusiasmo. Al fin y al cabo Pandora también contiene un pan⁶.

Detrás de tanta penuria y como justificación de la ruina absoluta en la que se desenvuelve, la serie sugiere un carácter propenso a la holgazanería, remiso a los esfuerzos exigidos para una mejor integración social. Salvo muy contadas excepciones, no cae en la delincuencia y, cuando lo hace, son robos de poca monta que suponen, y solo como botín provisional, una morcilla o una ristra de chorizos. Tampoco ejerce la mendicidad como podría parecer propio de quienes comparten su condición. En cierta medida se siente satisfecho de esa libertad que paga con tantas privaciones. De manera que, aunque siempre aparece atareado en pos del sustento, nunca busca trabajo. «Resulta que me he pasado el día sin hacer nada... ¡Si alguien me invitara a comer, sería un día perfecto!», comenta en *Pulgarcito* n.º 1.102. Y es que Carpanta sabe que, en último término, su destino no depende de sus aptitudes laborales ni siquiera de sus picardías de vagabundo. La maldición que pesa sobre él no obedece a factores coyunturales sino que reviste un carácter

⁵ *Pulgarcito* n.º 1.093

⁶ *Álbum infantil Pulgarcito*, sin numeración ni fecha, probablemente de 1949.

fatídico. Ni la situación económica del país ni su espíritu abúllico ni su persistente mala suerte pueden justificar su ayuno. Solo la intervención de una instancia suprema explica tanta desolación gástrica. Y Carpanta sabe perfectamente de quién se trata. Responde al nombre de Escobar. De él depende todo lo que le ocurre.

Ya hemos visto cómo acostumbra a dirigirse a su creador para agradecerle algún banquete, para increparle o para rogarle. También para burlarse de su poder, pero solo en la última viñeta, cuando ya no hay tiempo para las represalias. Un episodio representa de manera antológica esta relación. En el número 1.332 de *Pulgarcito*, Carpanta se muestra harto de su suerte, no puede seguir llevando esa vida de perros —peor que los perros, que, al menos, tienen un hueso para roer—. Solo hay una solución. Irá a ver a «papá Escobar» y le pedirá quince días de vacaciones, quince días en los que «dejar de no comer». Escobar no duda en dibujarse en las viñetas y aparece recibiendo a su personaje. Dando muestras de un talante despiadado, atiende las demandas del famélico mientras se da un opíparo banquete. Carpanta consigue plantear sus reivindicaciones mientras salivea y sigue con atención la trayectoria de cada bocado. Escobar escucha, paciente y sin invitar, y, una vez que él ha terminado de comer y Carpanta de protestar, su respuesta es así de sencilla y así de tajante: «Lo siento, hijo, pero tu destino es no comer». Hay por lo tanto una conciencia mutua del vínculo paterno-filial que les une, un reconocimiento por parte de la criatura de la autoría y de la autoridad del creador y, sobre todo, una remisión de los padecimientos carpantescos a los mecanismos de un guión que no admite concesiones. Las bases de la intriga son las que son y, para que los lectores rían, Carpanta tiene que pasar hambre.

A nadie se le oculta que Carpanta fue uno de los personajes más populares de la Historia del tebeo español. No deja de ser significativo que este éxito se sustente en uno de los resortes argumentales más crueles de todos los utilizados por la historieta y eso que —como hemos visto— la historieta de estos años no es especialmente proclive a los tratamientos melifluos. Hay en la serie de Carpanta un componente sádico que ni siquiera en Doña Urraca, la gran malvada de la viñeta cómica, encuentra parangón. La gracia de casi todos los episodios consiste en ver cómo el protagonista, a pesar de la secreción de jugos y del alboroto de tripas, no come. Peor aún. Está a punto de hacerlo, tiene el bocado prácticamente al alcance de las papilas gustativas y, de forma brutal o insidiosa, ve cómo desaparece o cómo se echa a

perder. Es un suplicio malévolo que se complace en la frustración, en quebrar bruscamente el deseo cuando se muestra en su punto más exacerbado. Visto desde esta perspectiva, no cabe duda alguna. Carpanta es Tántalo, pero, lejos de funcionar como terrorífico modelo ejemplarizante, da risa. En ese sentido y a pesar de lo que se haya podido decir al respecto, no nos encontramos ante una obra que escenifica el hambre tan extendida de la posguerra. Escobar va mucho más allá y juega con las posibilidades cómicas del fracaso, del acto fallido, de la impotencia. Concreta en pulsión alimenticia lo que pertenece al ámbito general y mucho más trascendente de las ilusiones insatisfechas. Lo mejor de todo ello es que logra que el público se divierta, demostrando una vez más que la risa funciona mejor cuando hurga en heridas profundas.

Pero tampoco se puede ocultar que, en ocasiones —aunque sean raras—, Carpanta come. Incluso llega a ponerse las botas. Cuando esto ocurre, puede ingerir platos y platos, cantidades ingentes de comida como si nada. El agujero a rellenar es inmenso, así siempre queda un hueco para un bocado más. Pero generalmente surgen problemas. O bien algo de lo que ha comido estaba malo o bien se fuma un puro y se marea... Carpanta no termina de aceptar que está hecho para el ayuno y que el principal peligro que corre no es la inanición sino la indigestión. En algún caso excepcional todo sale bien y tiene derecho a un atracón sin sufrir mayores consecuencias. Solo es la infracción al obligado esquema narrativo de la serie, la dosis de sorpresa que incentiva la intriga, el desajuste que permite engrasar los mecanismos para que, en los siguientes episodios, vuelvan a funcionar de forma despiadada, atrapen al personaje en su mecánica infernal y el hambre imponga de nuevo su terrible ley.